



Desmadre Maria Cristina Cortés

De la serie Desmadre no.45 | Acrílico sobre celotex | 27 x 40 cms | 2018

Octubre 26 de 2019 a Enero 17 de 2020

Desmadre

De pronto sea asertivo decir que el ser humano, en esos albores de la humanidad, nació nómada. Poco a poco nos fuimos asentando hasta llegar al punto actual en que aquella figura del que no tiene rumbo fijo se asocia más con lo animal. Sin embargo, valga el momento para devolvernos en el tiempo y revisar ese personaje que erra por el mundo descubriendo caminos, abriéndose paso por entre montañas y desiertos, para ir encontrando e inventando modos de supervivencia. Aquella persona, a la que tanto el premio Nobel de literatura José Saramago como el filósofo contemporáneo Michel Onfray nos remiten, se parece mucho al Caín bíblico. Desterrado del Jardín, de un hogar fijo, de una comodidad generosa, Caín es condenado a salirse de su entorno y a descubrir nuevos mundos y, acaso no sea osado decir que en ese acto de nomadismo puro, también se fue descubriendo y encontrando. Caín ha salido de su zona de confort y erra por el mundo, atravesando lo desconocido, descifrando los secretos que se ocultan en el paisaje. El errante desde entonces, es heredero de aquel Caín, es inquieto y a su vez conlleva en sí mismo un desequilibrio permanente que no le permite sentirse totalmente tranquilo donde quiera que se encuentre. Ese personaje al que hacemos referencia en su larga travesía fue descubriendo otras tierras, otros mundos y, por supuesto, otros paisajes. Atravesando muchos horizontes que se le fueron presentando en su permanente caminar, aquel personaje se encontró inserto en el paisaje.

Veamos las pinturas de Maria Cristina Cortés. Pero tratemos de observarlas en el contexto de lo que ella ha venido trabajando desde hace tantos años: paisaje. Paisaje puro y absoluto, así como su proyecto está basado en un medio pictórico; pintura pura y absoluta. Recordemos atmósferas sabanas en un principio, pasemos tiempo después por trabajos que involucran problemas ecológicos, abordemos más adelante incendios e inundaciones. Lleguemos finalmente al punto que nos compete en esta exposición en el cual se nos presentan sequías. Si bien al principio había algo bucólico y romántico en su mirada hacia el paisaje, con el tiempo empezamos a ver una suerte de inconformidad con el mismo.

El paisaje, en el sentido anteriormente expuesto, le pertenece más a una persona que se inquieta por lo que le rodea y que se sale de su entorno para buscar otros lugares, otras miradas; el paisaje le pertenece a esa persona que busca reflejos en los lugares que va recorriendo. El paisaje, en definitiva, no es de aquel que se queda cómodo en su silla, en el calor de su hogar o en la seguridad que le presenta el entorno. El paisaje es exigente por su naturaleza, penetrable, incierto y cambiante. Se nos puede permitir pensar que el paisaje en su continua transformación es un territorio sujeto, desde un punto de vista heideggeriano, al verbo paisajear. Así como el verbo espaciar hace que el espacio exista, paisajear promueve la existencia del paisaje. El paisaje no existe si no hay, en nuestro caso específico, una artista como Maria Cristina Cortés, que lo hace realidad paisajando; sufriendolo, viviéndolo, observándolo y recorriéndolo. Dicho de esta manera, es la mirada de la artista la que ha provocado la existencia de los paisajes que nos ocupan.

Maria Cristina Cortés ha sido paisajista, y, tomando sus propias palabras “a medida que va pasando el tiempo la obra se va volviendo más experimental”. Esa riqueza que representa lo experimental nos da luces acerca de ese aventurero al que hacíamos referencia, que no se queda cómodo en su sapiencia, sino que se ve afectado continuamente por el contexto: por un país que en su momento fue objeto de guerras brutales coordinadas por el narcotráfico, por grandes acciones de la naturaleza sobre fuerzas creadas por el ser humano, o por cambios climáticos. Cortés ha sido sensible a estos procesos trágicos en los que la mano nuestra ha sido definitiva para transformar el paisaje. Ya lo exponía Giorgio Agamben en su inquietud acerca del viaje, que titula llanamente “La Aventura”: el paisaje es una construcción que responde a la mano del agricultor, del minero, de los ingenieros civiles que construyen carreteras, etc. El paisaje lo transformamos todos los días en la medida en que lo vamos penetrando. Así las cosas, Cortés nos presenta una serie de paisajes afectados por nuestras propias decisiones. Hoy en día, no es errado suponer que los cambios climáticos se han venido presentando de manera extrema por acciones que hacemos cotidianamente. Construimos una forma de vivir con unas necesidades “básicas” aprendidas, que nos distancian cada vez más del ser primitivo y por ende de las nociones fundamentales de la madre naturaleza. Hemos clasificado lo natural, hemos construido un panorama científico muy delimitado acerca de cada componente físico o químico o biológico que nos rodea; a pesar de ello, la naturaleza sigue sometiendo al capricho del ser humano.

Hay grietas, sequía, abandono y ruina. No es de extrañarse que el material sobre el cual se desarrollen estas pinturas sean unas láminas del cielo raso de la casa familiar antigua de la artista. De esa casa que la acompañó durante largos años, en el momento en que iba a ser demolida, convertida en ruina, o en términos del título de esta exposición: en el momento en que su casa iba a ser “desmadrada”, ella ha salvado estos recuadros. De esta manera, una ruina apela a la otra ruina, una memoria de lo que fue es lo que queda también plasmado en la sequía. Unas grietas secas guardan en sus formas irregulares, el recuerdo de un paisaje nostálgico y acaso bucólico. Esas grietas nos regresan a sus primeras pinturas, a otros tiempos donde aún pensábamos que la na-

turalidad era superior al ser humano. La generosidad de la naturaleza se ha vuelto apenas una señal de remembranza y Cortés ha leído en su trasegar por el mundo del paisaje, en su paisajear, que es espectadora de un cambio entre el mundo que habitaba hace treinta años y el que tenemos hoy en día. Por consiguiente, su obra se vuelve testimonio trágico aunque valiente y bello de esa transformación de la naturaleza.

Andrés Gaitán T.



De la serie Desmadre no.40 | Óleo sobre lienzo | 55 x 160 cms | 2019

Los paisajes de la exposición Desmadre de Maria Cristina Cortés utilizan imágenes referentes al agua - su exceso o carencia - para reflexionar sobre distintos modos de ver la naturaleza. Haciendo uso de su entendimiento del color, su interés en la exploración con materiales inusuales y su capacidad de abstracción, crea piezas en las cuales se pregunta acerca de los imaginarios que construimos al observar el mundo natural cuando este va más allá de nuestro control y aparece desbordado.

La exposición se divide en dos secciones. Por un lado, manteniendo su interés planteado en exposiciones previas, presenta imágenes de paisajes inundados donde el agua es la protagonista. Vemos amplios espacios cubiertos por agua donde se reflejan las nubes, y sobresalen árboles y casas hundidas. El punto de vista se ubica arriba, alto en el cielo, y observa el alcance de la aparente tragedia, recordando imágenes de noticias acerca de la sabana inundada. Sin embargo, al observar atentamente, se evidencia que la artista no está pintando una tragedia: las obras se enfocan en el silencio natural, no en el ruido del humano. Son paisajes como los vería un ave, no un helicóptero reportando una noticia. Aunque hay escombros, aunque hay desorden, los verdaderos protagonistas son la luz, el color, el ambiente y el espacio. La naturaleza, que sobrepasa al hombre sin consideración. Y el resultado, a través de la mirada aguda de la artista, son cuadros casi abstractos, donde lo que llamaríamos destrucción es en cambio un terreno fértil para preguntarse sobre el esfuerzo humano por amaestrar fuerzas naturales, carentes de pasión o fatalismo. El agua crece, desborda, arrasa, más allá de nuestros reparos, y solo deja silencio.

El resto de la exposición consiste en el paisaje opuesto. Imágenes de sequías, en las cuales vemos tierra polvorienta, llena de grietas, con escasos signos de vida. En algunas hay remanentes de agua entre la desolación, significando que estos lugares fueron abundantes. Gran parte de esta serie está hecha sobre una sustancial fibrosa en la cual han sido grabadas directamente las grietas. La superficie está carcomida, revelando el interior del material, y los bordes se encuentran rotos. Es casi como si el material se hubiera ressecado y resquebrajado, como los lagos y los ríos que muestran. Al acercarse, es posible ver que el material es aquel con que se aíslan las construcciones, protegiéndolas del agua. Las grietas emergen, arquitectas de flujos y pulsaciones en otras escalas y tiempos. Piel reseca de la tierra, formando patrones que resultan conocidos y quizás desagradables - más al observar bien, resultan fascinantes, una especie de red que surge, dando cuenta de un proceso de evaporación intrínseco al ciclo del agua. La naturaleza, superficie visible, constantemente fluyendo y transformándose, muriendo y renaciendo, por exceso o carencia.

Esta serie de paisajes propone una mirada carente de juicios a estos fenómenos climáticos, que contrasta con la narrativa productiva del presente donde podrían considerarse catástrofes ambientales. Solo se observan las características visuales - la artista propone observar la naturaleza por lo que es. Utiliza su experiencia con la pintura para crear imágenes que permiten una mirada directa al mundo, e interviene materiales inusuales para obligarlos a revelar aspectos de sí mismos que se mantienen escondidos. Así, nos recuerda que habitamos dentro de sistemas naturales, donde las cosas son superficiales. Son lo que aparecen, más allá del juicio, más allá de los discursos políticos, económicos o históricos que construimos para justificar nuestro uso de ellos - un amalgama de causas y efectos que manifiesta muerte o vida. Y así, pone al descubierto que nuestra interpretación del paisaje es quizás el síntoma más locuaz de nuestra alienación. La naturaleza siempre está ahí - más allá, más adentro, por encima, por debajo y por dentro, en nosotros mismos, que somos ella. La verdadera fractura es quizás el impulso mental que la reduce a una imagen que se ajusta a nuestras necesidades. Pero ella aparece, tal cual es, inundada o reseca, para recordarnos su silencio, su continuo presente, su superficie.

Simón Ortega



De la serie Desmadre no.38 | Óleo y collage sobre lienzo | 55 x 160 cms | 2019

[SN]
maCarena

EL MUSEO
galería

SN maCarena - Calle 26B no.3-47

La Macarena - Bogotá D.C.

Tels. 3417150 - 3203388928

snmacarena.com | snmacarenabogota@gmail.com

SN Macarena es una sala de proyectos que promueve artistas regionales, nacionales e internacionales que se destaquen por el rigor en el oficio y la excelencia en el manejo de la técnica.

Trabajamos en alianza con universidades, instituciones culturales y galerías e invitamos a los artistas a investigar, experimentar, desafiar e incluso a transgredir los límites convencionales del oficio.

En SN Macarena buscamos crear espacios no solo de exhibición sino también de producción e intercambio de conocimiento entorno a la producción artística, el arte y la cultura.